I D E N T I D A D E S

Núm. 9, Año 5
Diciembre 2015
pp. 130-133
ISSN 2250-5369

Reseña de *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, François Dubet, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, 128 pp.

El reciente libro del sociólogo francés François Dubet se articula en torno a una pregunta central: ¿por qué preferimos o elegimos la desigualdad? A lo largo de su obra, presentada como un ensayo o una tentativa por hallar respuestas a dicho interrogante, sostiene que la intensificación de las desigualdades procede de una crisis de la solidaridad, entendida ésta "como el apego a los lazos sociales que nos llevan a desear la igualdad de todos, incluida, muy en particular, la de aquellos a quienes no conocemos" (pág. 11). El propósito de la obra es, por un lado, comprender por qué el sentimiento solidario que induce a querer la igualdad de todos se ha debilitado tanto; por otro lado, Dubet se propone saber qué es lo que podría fundar en la actualidad una movilización en favor de la solidaridad. Para el autor hablar de la "elección" de la desigualdad podría considerarse una provocación, pues grupos e individuos históricamente excluidos del círculo de la igualdad y de los derechos han terminado por acceder a él. No obstante, en el presente las desigualdades sociales se refuerzan o no se reducen tanto como lo supondrían los valores democráticos. Por lo general, esta paradoja es comprendida a partir de ciertos mecanismos económicos que contribuirían a la profundización de las desigualdades. Ahora bien, sostiene Dubet, explicar el crecimiento de las desigualdades por las leyes de la economía no supone una excusa para renunciar a la lucha contra las prácticas desigualitarias más banales y sus efectos. Retomando sus palabras: "Basta con observar las prácticas de cada uno de nosotros para advertir que, más allá de la oposición del 1% de los más ricos y los demás, elegimos con frecuencia desigualdades sociales en la medida en que no ofendan nuestros principios democráticos" (pág. 20). Es, en este sentido, que se argumenta que las desigualdades se "eligen".

En su libro Dubet identifica todo un conjunto de prácticas de índole separatista que operan en la construcción de cierto microcosmos social entre las personas afines, como si hubiera que poner la mayor distancia entre uno mismo y las categorías sociales menos favorecidas. Estos juegos de separación proceden tanto de la intensificación como de la transformación de la naturaleza misma de las desigualdades. La antigua estructuración de las desigualdades en clases sociales organizaba un mundo muy desigualitario, pero en él cada grupo podía apoyarse en su cultura y conciencia de clase. Por este motivo, las desigualdades de clase se manifestaban como un orden social injusto, pero también como un orden social estable donde cada cual tenía atribuida cierta posición e identidad. La destrucción gradual de ese régimen (como consecuencia de los efectos conjugados de la transformación de los modos de producción, el repliegue de la gran industria, la explosión del mundo de los empleados poco calificados y el influjo de la cultura de

masas) modifica la experiencia de las desigualdades sociales, tendiendo éstas a multiplicarse y dividirse (por ejemplo, somos desiguales en cuanto mujeres/hombres, diplomados/no diplomados; herederos/no herederos; jóvenes/viejos; sanos/enfermos; integrantes de la mayoría/integrantes de una minoría, etc.) Como señala Dubet: "La experiencia de las desigualdades incita pues a denunciar las grandes desigualdades, al tiempo que se consagra a defender la 'pequeñas', que son las que marcan las diferencias esenciales" (pág. 28).

La elección de la desigualdad no se vincula únicamente con posiciones simbólicas y distinciones; sino que también aparece como un problema de elección racional. Sobre todo, cuando los individuos se encuentran en una situación de competencia por la obtención de bienes relativamente escasos o muy jerarquizados. Uno de los terrenos que Dubet destaca para dar cuenta de dicha situación es la escuela, en tanto institución que continúa operando en la producción y reproducción de las desigualdades. Aunque la masificación escolar constituyó una democratización del acceso a los estudios, el ideal de la igualdad de oportunidades no se ha hecho realidad y las desigualdades sociales continúan teniendo un peso significativo en la trayectoria de los alumnos. Pero esta representación no es del todo satisfactoria para Dubet, pues el espectro de las desigualdades escolares no es el reflejo exacto de la amplitud de las desigualdades sociales. A modo de ejemplo, señala que en Francia las desigualdades de rendimiento educativo entre los estudiantes son mayores de lo que cabría esperar a partir de las desigualdades sociales iniciales. Las evaluaciones PISA llevadas a cabo por la OCDE muestran que, en comparación con las desigualdades sociales, los resultados de la escuela francesa son peores de lo que deberían ser. Esta constatación, sin duda, invita a pensar que los actores obran y que sus elecciones refuerzan las desigualdades. En suma, al mismo tiempo que la masificación escolar democratizó el acceso a los estudios, desplegó una competencia generalizada entre los sujetos por obtener los bienes escolares más escasos y rentables en el mercado de trabajo. Ahora bien, la "elección de la desigualdad" que cada cual se ve en la necesidad de hacer, es mucho más paradójica si se tiene presente que se basa en un principio de justicia indiscutible: la igualdad de oportunidades meritocrática. Porque creemos en la igualdad de oportunidades y estimamos que los obstáculos sociales al éxito escolar deben eliminarse, la competencia se ha convertido en regla y todos están interesados en profundizar sus diferencias. Esta economía moral del mérito y la dignidad se extiende a todos los campos de lo social, culpando a las víctimas y designando los "casos sociales" y los "inmigrantes" como aprovechadores. Cabe agregar, que la tendencia a culpar a las víctimas se fortalece en la medida en que los más desfavorecidos están relativamente cerca y plantean una amenaza de caída social y desplazamiento.

La distancia entre el principio de igualdad y las desigualdades sociales, conduce al autor a cuestionarse acerca de los fundamentos de la solidaridad y, en particular, acerca de sus dimensiones simbólicas e imaginarias: la fraternidad. En este sentido, Dubet considera que la creencia en la igualdad de todos es necesaria, pero no basta cuando se trata de la búsqueda activa de la igualdad social, que se funda en lazos y sentimientos de solidaridad, semejanza y fraternidad. Sin esos lazos prácticos e imaginarios, el reconocimiento de la igualdad fundamental no nos compromete a

buscar una igualdad real. Como sugiere Dubet, la solidaridad, al menos a escala nacional, se define por el compartir cotidiano y por un conjunto de obligaciones en favor de aquellos a quienes no conocemos pero de los cuales nos sentimos responsables. Al respecto, señala que la solidaridad no procede exclusivamente del funcionamiento económico y de los acuerdos políticos, pues se apoya también en creencias y representaciones. Si los relatos de la fraternidad son mitos y construcciones, su eficacia depende de que los individuos crean en ellos. Los lazos y los sentimientos de solidaridad no son datos naturales de la historia y la cultura, sino el producto de construcciones económicas y políticas que contribuyen en la creación de relatos que forjan imaginarios de fraternidad, progreso e igualdad. Por consiguiente, si sostenemos que la igualdad es tanto un valor esencial como una manera de hacer que la vida social sea más vivible, es fundamental para Dubet retornar a esos modelos para dar cuenta de aquello que se deshace y, al mismo tiempo, aquello que se está formando.

En esta línea, el autor muestra cómo la solidaridad que durante mucho tiempo estuvo adosada a la imagen de una sociedad pesada, pero protectora, parece hoy en día desmoronarse. Señala así, que la sociedad se ha vuelto "liviana", "líquida" y "arriesgada", en la medida en que el imaginario de la solidaridad se desplaza hacia los individuos y "las" políticas, mucho más que hacia las instituciones y "la" política. Por consiguiente, es en este nuevo contexto, calificado como posmoderno o de segunda modernidad, que es necesario pensar la construcción de una solidaridad social que no puede volverse hacia un imaginario social ya caduco. Sobre todo, porque estas representaciones de la solidaridad operan constituyendo horizontes reguladores, maneras de leer la vida social y las experiencias. Como bien describe Dubet, al salir del Antiguo Régimen y de sus comunidades tradicionales, la solidaridad se adosó a una representación de la vida social en términos de integración fundada en tres grandes basamentos: el trabajo, las instituciones y la nación. Es esta representación de la sociedad como sistema de integración la que se está agotando como resultado de las mutaciones sociales atribuidas al neoliberalismo, a la globalización, a las nuevas tecnologías y a una nueva era del individualismo.

El alejamiento del modelo de la solidaridad fundado en la integración conduce a esbozar una nueva representación de la vida social, a fin de imaginar otros pilares de la solidaridad. Esta tarea no es fácil, pues no se dispone de una teoría alternativa a la de la integración. A lo sumo, es posible apoyarse en indicios convergentes reunidos en torno al concepto de "cohesión social". Para Dubet si se acepta dar a este concepto cierta consistencia, esto implicaría en primer lugar que la solidaridad no es un estado del sistema social, sino una producción continua, resultado de las acciones individuales y las políticas públicas, el capital social y la confianza. Lo que cuenta, entonces, es el deseo de "construir sociedad". Dado que la cohesión social es menos una teoría que una serie de inflexiones, Dubet identifica algunos de sus fundamentos. Entre éstos destaca la centralidad del individuo, la creencia en un mundo equitativo, la centralidad del capital social y la confianza. Hace referencia también, al reemplazo del modelo vertical según el cual es el Estado central quien diagrama las políticas por la búsqueda de una acción conjunta de las

administraciones descentralizadas, de las redes de representantes elegidos y de la sociedad civil. En esta nueva representación, la acción pública se legitima en la idoneidad y el *benchmarking*; se trata, por lo tanto, de elaborar políticas sobre la base de mediciones estadísticas y de comparaciones nacionales e internacionales. Ahora bien, como sugiere Dubet: "Es una tentación, pero también un error, pensar que el modelo de la cohesión social es tan sólo uno de los ardides ideológicos del pensamiento neoliberal. Como en el caso del modelo de la integración, hay versiones de izquierda (discretas, es cierto) y versiones de derecha, que asocian liberalismo económico con conservadurismo cultural (mucho más audibles hoy en día). Pero en ambos casos se tomó por fin la decisión de lanzarse a la búsqueda de otra concepción de la solidaridad, que corresponda a las mutaciones económicas, culturales y políticas que ahora parecen irreversibles. No se puede hacer como si el individuo no estuviese en el centro, como si la economía siguiera siendo nacional, como si la sociedad fuese monocolor, como si el Estado decidiera todo (...) El modelo de la cohesión es mucho más frágil que el de la integración. Su fuerza simbólica está menos afianzada y, además, parece bastante endeble frente a los retornos de la comunidad y el desmoronamiento de la solidaridad. Pero es en ese marco donde es preciso pensar una política de la fraternidad" (pág. 81).

¿Cómo fortalecer los sentimientos de fraternidad necesarios para la búsqueda de la igualdad? Las respuestas a esta pregunta no son simples una vez que quedan rechazados los temas del "retorno". Como sugiere Dubet, esos retornos no sólo son poco probables, sino que resultarían peligrosos para la democracia y la igualdad porque suponen el rechazo de las singularidades, la exclusión de los extranjeros, el autoritarismo de las instituciones, etc. Es importante, entonces, redefinir nuevas formas y políticas de solidaridad. Los progresos de la igualdad social pasan por las luchas y los enfrentamientos, pero estos conflictos sólo son posibles si los movimientos expresan un imaginario de la solidaridad que supere las continuas fragmentaciones de los intereses y las jerarquías que impiden actuar juntos. Es necesario que la vida política se haga cargo de esas dimensiones simbólicas e imaginarias. Es fundamental que los mecanismos de redistribución sean más legibles, de manera de iluminar los lazos de interdependencia que vinculan a los individuos. En palabras del propio autor: "en una sociedad plural donde las culturas y los individuos esperan que se los reconozca como autónomos y singulares, es imprescindible construir los espacios y las escenas que permitan decir lo que tenemos en común, a fin de aceptar nuestras diferencias. Sin ese trabajo, nada nos protegerá del peor de los escenarios: la alianza del conservadurismo cultural y el liberalismo económico, como preparación para el retorno de unas desigualdades sociales que creíamos desaparecidas para siempre" (p. 109).

Lucrecia Rodrigo - UNPA/UNRN